

Tercer Domingo de Cuaresma - Jn 4, 5-42

Este 8 de marzo conmemoramos en todo el mundo el Día Internacional de la Mujer, coincidiendo, en nuestro calendario litúrgico, con el tercer domingo de Cuaresma. Un 8 de marzo que nos encuentra en medio del horror de una nueva guerra, que amenaza con extenderse por el mundo hacia los amigos de los enemigos de un lado y de otro, multiplicando la angustia de la destrucción y la muerte, de las migraciones forzadas, del desamparo y la indiferencia. Todo pasa tan rápido que en pocos días olvidamos una guerra para anoticiarnos de otra, pero las víctimas siguen allí. Por eso hoy queremos tenerlas especialmente presentes: a tantas mujeres niñas, jóvenes, adultas que viven la guerra *en sus propios cuerpos*, resistiendo desde la ternura y el cuidado en medio de las ruinas, pero también experimentando el abuso y el maltrato de quienes las toman como botín de guerra.

Providencialmente, el Evangelio nos relata este domingo el encuentro de Jesús con la mujer samaritana. En ese diálogo que entrelaza necesidades y desconfianzas, experiencias humanas y religiosas, búsquedas de agua material y de sentido, Jesús irá desenmascarando ideas de dios que no dan espacio a la vida y transformando los motivos de exclusión, de rechazo y de fragilidad, -ser mujer, y de un pueblo excluido, como los samaritanos,- en cauces de buena noticia, encuentro y fiesta, para sus vecinos y compatriotas y para ella. Qué liberador es contactar con la experiencia de un Dios que nunca es causa para justificar la preponderancia de un género sobre otro, un pueblo sobre otro, una religión sobre otra, sino que se ofrece en Jesús como agua abundante que contacta con la sed profunda que todas y todos llevamos dentro. Y nos mueve desde allí a compartirla sin exclusiones, especialmente con aquellos que quedan por fuera, descartados de esta sociedad.

Con la mujer samaritana nos podríamos preguntar

- si nuestro modo de vivir la fe nos pone en contacto con el agua fresca del Evangelio de Jesús, con su compasión y su ternura, o más bien bebemos de lo que nos lleva a juicios unos de otros, a críticas que sólo buscan silenciar a quien piensa diferente.
- si contactamos con su indignación ante la injusticia y la exclusión de los más pequeños y pobres de nuestra sociedad, o si nos acostumbramos a que las oportunidades de vida sean sólo para algunos.
- si nos abrimos con su confianza al Dios del perdón y de las nuevas oportunidades o por el contrario favorecemos relaciones de poder, de dominación, de miedo de unos sobre otros, creyéndonos mejores, merecedores de un lugar distinto.



Cuántas mujeres a lo largo de la historia, como la samaritana de hoy, con sus vidas, sus luchas, su empatía y fortaleza nos han abierto camino para contactar con los pozos de vida para una humanidad sedienta de amor, de proximidad, de esperanza, de horizontes, incluso desde situaciones de exclusión y marginalidad. Cuántas siguen creyendo que el Dios de Jesús es muy distinto al dios de los poderosos que justifican la violencia y la destrucción y junto a otras y otros siguen protegiendo la vida de los más pequeños. Que también nosotros sepamos como ellas, en este camino hacia la Pascua, soltar los cántaros que no posibilitan soñar alternativas para un mundo más humano.

Carina Furlotti